

SEUDÓNIMO: **ALBERTO JOSÉ**

TÍTULO: **NI UN PELO DE TONTO**

CATEGORÍA: **CUENTO**

Vengo de una familia de pelados. El álbum familiar así lo confirma, desde bisabuelos hasta abuelos, pasando por tíos, primos y hermanos. Lo más llamativo está en que el problema no es exclusivo de los hombres. Mi tía Emilia tenía tan pocos pelos que a los que resistían sobre su cabeza les ponía nombre. Decía que tenían vida, igual que las plantas. Hasta les hablaba. Así, repetía, iban a quererla más y les resultaría más difícil tomar la decisión de abandonarla. Más de una vez la encontramos angustiada porque “Bety” se había ido sin avisar o “Martita” había terminado desparramada en el cuello de la camisa. Con semejantes antecedentes no me resultó difícil acostumbrarme a una pelada incipiente, que arrancó a los 18 y que se fue acentuando con el paso del tiempo. Creía que lo tenía bien asumido, pero hubo un hecho que me hizo notar que todavía no estaba preparado para convivir con mi calvicie. Fue durante un partido de fútbol entre amigos, en el que un ocasional compañero de equipo que no sabía mi nombre me gritó: “¡Dale pelado, meté una pelota, ya te comiste como veinte goles!”. No sé qué me molestó más: que ese irrespetuoso notara mi poco pelo o que dejara en evidencia que mis cualidades como goleador eran prácticamente nulas. A partir de ese momento comprendí que tenía que hacer algo. Con el pelo, por supuesto. Probé decenas de métodos de recuperación capilar que de nada me sirvieron. También hice yoga y terapia. Hasta que por intermedio de un amigo me enteré de la existencia de un lugar llamado “Calvos Anónimos”, un espacio donde los pelados podíamos distendernos, hablar sin inhibiciones de nuestras experiencias más dolorosas y después de un tiempo

lograr convivir sin complejos con la calvicie. Las primeras reuniones se hacían todas las semanas en la casa del coordinador, un pelado asumido. La primera fue una experiencia sorprendente y muy enriquecedora.

-La semana pasada -explicaba un señor de unos cincuenta años, con una pelada blanca y brillante- fui al cine y compré entradas para la primera fila. Terminé con tortícolis, pero no me importó.

No pudo seguir hablando porque lo interrumpió una ovación. La gente aplaudía de pie, gritaba, el hombre con turbante y barba parado al lado mío estaba emocionado y me abrazó como si me conociera de toda la vida.

Todos parecían poseídos. Al cabo de unos minutos, el coordinador logró poner un poco de orden.

-A los nuevos, les cuento que Juan tenía graves problemas para mostrar su pelada en público. Cuando iba al cine pagaba una entrada especial para ubicarse al lado del proyector. No podía soportar que alguien sentado detrás de él le mirara la cabeza. Si iba al teatro, se sentaba junto al iluminador. Para conseguir esos lugares llegó a gastar fortunas.

Juan asentía con la cabeza. Noté que los ojos se le habían llenado de lágrimas. Después de otros testimonios fue el turno del tipo del turbante.

-Yo era ateo hasta que decidí descubrir a Dios. O, como dice mi mujer, logré que Dios me cubra a mí. Durante meses analicé qué religión servía más a mis propósitos. El judaísmo me proveía una “kipá” con la que debía cubrir en parte mi cabeza, pero no era suficiente para taparme del todo. Necesitaba más. El islamismo y el turbante me lo dieron todo, me hicieron sentir un hombre íntegro.

Pensé que mi situación no era tan mala. Aunque en mi última visita a la peluquería mi peluquero contó treinta y siete pelos, todavía no había llegado al extremo de mis

compañeros de grupo. Al final de la reunión se hizo un lunch para que todos se relacionaran y compartieran sus vivencias. Estaba tomándome una gaseosa cuando me encontré con Rubén Correa, un vecino del barrio al que siempre había admirado por su frondosa cabellera. Me llamó la atención verlo totalmente pelado.

-No digas nada, esperá que te cuento –me dijo, en voz baja y me llevó hacia un rincón-. Como sabrás, si hay algo con lo que no tengo problemas es con el pelo. Mejor dicho, tengo problemas por la cantidad de pelo que me crece. Me sobra. Me sale hasta por las orejas, por la nariz, es insoportable. La cuestión es que me afeito la cabeza todos los días y me hago pasar por pelado, como vos. No sabés cómo te envidio.

-¿Hiciste una apuesta?

-No, ¿viste la chica que está en la entrada, la que llena la planilla con los nombres de cada uno? Se llama Magdalena.

-Sí, es linda.

-¿Linda? ¡Hermosa! Me vuelve loco, no sabés cómo me gusta. Es la hija del coordinador. La conozco desde hace años de verla pasar por la puerta del negocio, pero nunca me dio bola, ni siquiera me miró. Me dijeron que le gustan los pelados. Así que decidí pelarme, venir acá para tenerla cerca y ver qué pasa.

-¿Y?

-De a poco voy avanzando. Quedamos en ir a tomar un café mañana, me dijo que si yo conseguía un amigo ella podía traer una amiga. ¿Qué tenés que hacer mañana a la noche?

-Nada.

-Si querés arreglo. La amiga es para vos.

Al otro día Rubén me avisó que las chicas nos esperaban a las nueve de la noche en la casa de Magdalena. Lo escuché contento. Me comentó que había empezado un tratamiento a base de hierbas y yuyos para perder pelo. Le pregunté si se trataba de algún producto nuevo. Dijo que no. Con una mezcla de sorna y complicidad, como si me estuviera diciendo algo secreto o íntimo, me contó que gracias a un amigo farmacéutico descubrió que eran las mismas lociones que recomendaban para hacerlo crecer. Le aseguraban una caída de entre cuarenta y cincuenta pelos diarios. Según Rubén, en un año y medio a más tardar iba a dejar de ser un pelado “artificial”.

La amiga de Magdalena al final no pudo venir, así que salimos los tres. Me quedé a pesar de todos los intentos de Rubén por sacarme del medio, primero sólo con la mirada y después con indirectas como “¿vos mañana no te levantás temprano?” o “¿no me dijiste que tenías que ir a buscar a tu hermanita a un cumpleaños?”.

Fuimos a tomar un café. Magdalena resultó ser más que una cara bonita. Hablaba con mucha gracia, tenía una sonrisa espléndida, era inteligente, ocurrente, ¿la mujer perfecta? Hablamos durante horas de la vida, del trabajo, del amor, hasta que llegamos al momento crucial de la charla.

-No tuve muchos novios -decía Magdalena- pero ahora sé que no podría salir con alguien con pelo. Será porque siempre estuve rodeada de pelados. De algo estoy segura: el padre de mis hijos no tendrá un solo pelo en su cabeza.

-Bueno -dije- , puede ser alguien con pelo que se rape, ¿no?

-No, tiene que ser pelado por na-tu-ra-le-za. Esos hombres tienen otra sensibilidad, lo descubrí a lo largo de los años trabajando con mi papá. Es así, será por algo de los genes, me doy cuenta que son distintos.

Instintivamente Rubén y yo nos llevamos la mano a la cabeza. Noté que Rubén estaba pálido y transpiraba. No podía dejar pasar ese comentario.

-Sí, debe ser verdad. Hay cientos de casos: Gandhi, Julio César, Kojak, Curly.

A medida que pasaba el tiempo la relación con Magdalena fue mejorando. Iba seguido a las reuniones, y después nos encontrábamos para tomar algo o ir al cine. Siempre con Rubén, claro. Un día Magdalena nos agarró de la mano y nos dijo:

-La verdad, con ustedes la paso bárbaro, nunca me sentí tan cómoda. No sé que haría si tuviera que elegir a alguno de los dos.

Esas dulces y sinceras palabras me decidieron. A Rubén lo notaba cada día más flaco, preocupado y encima despedía un olor insoportable, producto de las hierbas que religiosamente se aplicaba. Se sentía mal porque los pelos no se le caían en la medida de lo esperado. Por mi parte, las cosas no podían salir mejor: ya estaba en 18 pelos. Y la cifra seguía bajando. Había llegado el momento de jugar mis cartas. Reconozco que no tuve el coraje para decírselo de frente, que el mío fue un acto vil y miserable. Pero el amor nos hace reaccionar de maneras insospechadas.

Magdalena me llamó a la mañana siguiente. La voz era triste, mostraba desilusión y también bronca.

-Es terrible, me mandaron una carta con recortes de letras de diarios donde me dicen que Rubén no es pelado, que montó toda una farsa para conquistarme. ¡No lo puedo creer!

-¿No me digas? Nunca lo hubiera imaginado capaz de hacer una cosa así. Nos engañó a todos. ¿Quién la envió?

-No sé, parecía un anónimo, pero está firmada por una tal Asociación de Defensa de los Calvos Auténticos. ¿La sentiste nombrar?

-Jamás, ya no saben que inventar. ¿Pero vos estás segura que es verdad?

-Hablé con Rubén y reconoció todo. Se burló de nosotros, jugó con nuestra amistad... ¡no quiero verlo más!

Estoy de novio con Magdalena desde hace un año. Todo va fantástico: me queda solo un pelo. Es rebelde y se resiste estoicamente a caer, pero no le doy más de unos meses de vida. Rubén, al poco tiempo, fue internado: se intoxicó después de tomar dos botellas de las hierbas y yuyos que se estaba poniendo en la cabeza. Según la mamá, alguien le dijo que así el tratamiento era mucho más efectivo. Yo, todo un caballero, le mandé una caja de bombones al sanatorio con una tarjeta donde le deseaba una rápida recuperación. Me contestó con una carta donde contaba que no iba a resignarse a perder a Magdalena, insultándome con términos como “pelado ladrón muerto de hambre” y “cabeza de huevo traidor”. Pensar que unos meses atrás Rubén quería ser uno de los nuestros. No le guardo rencor. Soy un tipo sensible que se preocupa por el prójimo. Magdalena tiene razón: los pelados tenemos otra sensibilidad.